



Epicureísmo

Organizada por Sociedad Boliviana de Estudios Clásicos, Embajada Británica, Filial Oruro, Club Oruro y Universidad Nuestra Señora de La Paz. Conferencias desarrolladas.

tam manifesta patens ex omni parte relecta est.

(¡Oh tú, el primero que pudiste levantar una luz tan clara del fondo de tinieblas tan grandes e iluminar los verdaderos bienes de la vida!, a ti te sigo, honor de la gente griega, y pongo ahora mis pies en las huellas que estamparon los tuyos, no tanto por deseo de rivalizar contigo, como por amor, pues ansio imitarte, porque, ¿cómo podría la golondrina relatar a los cisnes? y ¿cómo los cabritos de trémulos miembros igualar en la carrera el impetu del fogoso corcel? Tú, padre, eres el descubridor de la verdad, tú nos das preceptos paternales, y como en los bosques floridos las abejas van libando una flor tras otra, así vamos nosotros a tus libros, oh ilustre, a apacentarnos de tus áureas palabras, áureas y dignas siempre de vida perdurable.

Pues en cuanto tu doctrina, producto de una mente divina, empieza a proclamar la esencia de las cosas, disipanse los temores del espíritu, las murallas del mundo se abren y veo, a través del inmenso vacío, producirse las cosas. Aparece a mi vista el nimen de los dioses y sus sedes tranquilas, a las que ni los vientos sacuden ni salpican de lluvia las nubes, ni con su blanco caer profana la nieve que el acre frío condensa; un éter siempre sereno las cubre y rie derramando ampliamente su luz.

Allí la Naturaleza a todo provee, y ningún cuidado menoscaba jamás la paz del espíritu. Al contrario, por ningún lado aparecen las mansiones del Aqueronte, y no me impide la tierra contemplar a mis pies todo lo que se produce en la profundidad del vacío. Ante estas cosas, un divino placer y un estremecimiento hacen presa en mí, al pensar cómo tu genio puso la Naturaleza patente a la vista, descorriendo todos sus velos.)

En estos otros versos del libro I (62-79) el elogio se mezcla con una explosión de furia y poder, dignos de un poeta entusiasmado con su función redentora:

*Humana ante oculos foede cum vita iaceret
in terris oppressa gravi sub religione,
quae caput a caeli regionibus ostendebat
hombili super aspectu mortalibus instans,
primum Graius homo mortalis tollere contra
est oculos ausus primusque obsistere contra;
quem neque fama deum nec fulmina nec militanti
murmure compressit caelum, sed eo magis acrem
inritat animi virtutem, effringere ut artem
naturae primus portarum claustra cupit.
Ergo vivida vis animi pervicit et extra
processit longe flammantia moenia mundi
atque omne immensum peragravit mente animoque,
unde refert nobis victor quid possit oriri,
quid nequeat, finita potestas denique cuique
quamvis sit ratione atque ille (terminus haerens.
Quare religio pedibus subiecta vicissim
obtenitur, nos exaequat victoria caelo.*

(Cuando la vida humana yacía a la vista de todos torpemente postrada en tierra, abrumada bajo el peso de la religión, cuya cabeza asomaba en las regiones celestes amenazando con una horrible mueca caer sobre los mortales, un griego osó el primero elevar hacia ella sus perecederos ojos y rebelarse contra ella. No le detuvieron ni las fábulas de los dioses, ni los rayos, ni el cielo con su amenazante bramido, sino que aún más excitaron el ardor de su ánimo y su deseo de ser el primero en forzar los apretados cerrojos que guarnecen las puertas de la Naturaleza.

Su vigoroso espíritu triunfó y avanzó lejos, más allá del flameante recinto del mundo, y recorrió el todo infinito con su mente y su ánimo. De allí nos trae, bolín de su victoria, el conocimiento de lo que puede nacer y de lo que no puede, las leyes, en fin, que a cada cosa delimitan su poder, y sus mojoneras hincados hondamente. Con lo que la religión, a su vez somelida, yace a nuestros pies; a nosotros la victoria nos exalta hasta el cielo.)

La lectura del poema nos muestra, además, a un seguidor convencido que describe con vehemencia y pasión aquello en lo que cree profundamente. De modo que no hay posibilidad de duda en relación a la fiabilidad de su autor. Sin embargo, hay algunos aspectos en los que Lucrecio se distancia de Epicuro. Podemos resumirlos en tres:

1) El género literario elegido para la explicación de la doctrina. Desde un punto de vista literario, De rerum natura es un poema épico-didáctico. Perteneca, por tanto, al género de la épica (de ahí los frecuentes elogios a Epicuro y su doctrina, y el metro empleado, el hexámetro dactílico, al modo de Homero y Ennio).

Sabido es que Epicuro era poco partidario de la exornación literaria y de la poesía, a la que consideraba falaz y engañosa, si bien su aversión se dirigía sobre todo contra la poesía mitológica, de la que criticaba su falseamiento de la realidad.

Lucrecio se justifica afirmando que la forma de narración elegida pretende ser la miel que endulza los labios y facilita la ingestión de la amarga doctrina:

*Avia Pieridum peragro loca nullius
ante trita solo. Iuvat integros accedere fontis
atque haurire, iuvatque novos decerpere flores
insignemque meo capiti pateri inde coronam,
unde prius nulli velarint tempora musae;
pnum quod magnis doctae de rebus et artis
religionum animum nodis exsolvere pargo,
deinde quod obscura de re tam lucida pango
carmina, musaeo contingens cuncta lepore.
Id quoque enim non ab nulla ratione videtur;
nam veluti pueris absinthia taetra medentes
cum dare conantur, prius oras pocula circum
contingunt mellis dulci flavoque liquore,
ut puerorum aetas improvida ludificatur
laborum tenuis, interea perpotet amarum
absinthii laticem deceptaque non capitatur,
sed potius tali pacto recreata valescat,
sic ego nunc, quoniam haec ratio plerumque videtur
tristior esse quibus non est fractata, retroque
volgus abhorret ab hac, volui tibi suaviloquenti
carmine Pierio rationem exponere nostram
et quasi musaeo dulci contingere melle,
si tibi forte animum tali ratione lenere
versibus in nostris possem, dum percipis omnem
naturam rerum ac persantis utilitatem.*

(Recorro extraviados parajes de las Pierides, de nadie antes hollados. Me agrada descubrir fuentes intactas y de ellas beber, me agrada cortar flores recientes y buscar para mí sien una insigne guimalda en lugares de donde nunca la tomaron las Musas para ceñir la frente de un hombre. Primero, porque enseñe cosas excelsas y me esfuerce en liberar el ánimo de los apretados nudos de las supersticiones; después, porque sobre asunto tan oscuro compongo versos tan luminosos, rociándolos todos con el hechizo de las Musas. Y no parece fuera de razón este método. Pues así como los médicos, cuando tratan de dar a los niños el repugnante ajenjo, unian primero de dulce miel los bordes de la copa, para burlar, sólo hasta los labios, la incauta edad de los pequeños y hacerlos apurar entre tanto el amargo brobajo, con engaño, sí, pero sin daño, antes para que se repongan de este modo y recobren sus fuerzas, así ahora yo, puesto que nuestra doctrina por lo común parece en excoso amarga a los que no la cataron, y el vulgo se estremece y retrocede ante ella, he querido exponérsela en la armoniosa lengua de las Pieridas y como untaña con la dulce miel de las Musas, por si pudiera de este modo tener tu espíritu suspenso de mis versos, hasta hacerte ver claramente el sistema entero de la Naturaleza y percartarte de su utilidad.)

Por lo demás, nuestro autor conlaba ya con precedentes: en griego el extenso poema de Empédocles π , y en latín las composiciones poéticas de los epicureos Amalino y Rabirio, a decir de Cicerón.

2) La fuerza y vehemencia con que el poeta expone la doctrina. Contrasta esta pasión con la serenidad y sosiego de Epicuro y del credo epicúreo. La explicación hay que buscarla por un lado en el propio temperamento de Lucrecio, que vive intensamente aquello en lo que cree y así lo trasluce en sus versos; por otro, en la necesidad de combatir con energía no sólo las teorías filosóficas contrarias a su escuela, sino toda una serie de sectas y doctrinas religiosas que hablan adquirido gran auge en su época, y que, con sus creencias en un más allá tenebroso y lúgubre, estaban sembrando el terror y la superstición entre la población.

3) Suele afirmarse también que Lucrecio se muestra en el poema atormentado, angustiado, víctima de la nostalgia y la amargura. Y, aunque esta opinión no es unánime, puede en todo caso explicarse por la difícil situación política por la que pasa Roma en el momento en que se redacta la obra. Las guerras civiles y el malestar social reinantes podrían, sin duda, haber hecho mella en el espíritu sensible de un poeta que ante todo buscaba la paz y liberar a su pueblo del yugo de la superstición y el miedo. Es por esta razón por la que Lucrecio insiste continuamente en la necesidad de conocer la verdad, como en estos versos iniciales del libro VI, dedicados a Atenas y a Epicuro, en los que hace especial hincapié en el poder de la ciencia como medio de salvación:

*Primaes frugiparos felus mortalibus aegris
dididerunt quondam praeclearo nomine Athenae
et recreaverunt vitam legesque rogarunt,
et primaes dederunt solacia dulcia vitae,
cum genuerit virum talem cum corda repertum,
omnia veridica qui quondam ex ore profudit;
culus et extincti propter divina reperta
divulgata votus iam ad caelum gloria fertur.
Nam cum vidit hic ad viculum quae flagitat usus
omnia iam fere mortalibus esse parata*

*et, proquam possent, vitam consistere lutam,
divitibus homines et honore et laude potentis
affluere atque bona gnatorum excellere fama,
nec minus esse domi cuiquam tamen anxia cordi,
atque animi ingratis vitam vexare sine ulla
pausa atque infestis cogi saevira querellis,
intellegit tibi vitium vas efficere ipsum
omniaque illius vitio corrumpier intus
quae conlata foris et commoda cumque venirent,
partim quod fluxum pertusumque esse videbat,
ut nulla passet ratione experier umquam;
partim quod taetro quasi conspurcare sapore
omnia cernebat, quaecumque receperat, intus.
Veridicus igitur purgavit pectora dictis
et linem statuit cupidinis atque timoris
expositisque bonum summum, quo tendimus omnes,
quid foret, atque viam monstravit, tramite parvo
qua possemus ad id recto contendere curvo,
quidve mali foret in rebus mortalibus passim,
quod fieret naturali varieque volaret
seu casu seu vi, quod sic natura parasset,
et quibus e portis occurrit cuique deceret,
et genus humanum frustra plerumque probavit
volvare curamque tristis in pectore luctus.
Nam veluti pueri trepidant atque omnia caecis
in tenebris meluunt, sic nos in luce timemus
interdum, nihil quae sunt metuenda magis quam
quae pueri in tenebris pavitant finguntque futura
Hunc igitur terrorem animi tenebrasque necessas
non radii solis nec lucida tela dei
disculant, sed naturae species ratioque.*

(Atenas, de nombre glorioso, fue la primera que un día repartió la semilla productora del trigo a los miseros mortales, dio una nueva forma a la vida y estableció leyes; fue también la primera en procurarles los dulces consuelos de la vida, cuando dio a luz a este hombre de genio tan grande, de cuyos labios verídicos fluyó toda la sabiduría, aún después de extinto, sus divinos hallazgos han exaltado hasta el cielo su gloria, ya diluñada de antiguo. Pues cuando vio que casi todo lo necesario al sustento está ya aquí al alcance de los mortales, y que su existencia está, en lo posible, a resguardo de peligro; que los hombres, poderosos en gloria y honores, nadaban en riquezas y eran exaltados por la fama de sus hijos, y que, sin embargo, en su intmididad, cada uno sentía su corazón presa de una angustia que, a despecho del ánimo, atormentaba su vida sin pausa ninguna y los forzaba a alterarse en quejas amargas, comprendió entonces que todo el mal venía del vaso mismo, y por culpa de éste se corrompía en su interior todo lo que desde fuera se aportaba, incluso los bienes; en parte, porque lo veía roto y agrietado; en parte, porque infectaba con su repugnante sabor todo lo que en su interior recibía. Así, pues, con sus palabras de verdad limpió los corazones, fijó un término a la ambición y al temor, expuso en qué consiste el sumo bien al que todos tendamos y nos mostró el camino, el atajo más breve y directo que nos puede conducir a él; y expuso los males que infestan las cosas mortales y se ciernen sobre ellas por causas naturales, o por azar o por fuerza, pues así lo ha dispuesto la Naturaleza, enseñó por qué puertas hay que salir al encuentro de cada uno; demostró que las más veces son vanas las olas de angustia que en sus pechos revuelven los hombres. Pues tal como los niños tiemblan y de todo se espantan en las ciegas tinieblas, así muchas veces nosotros en la luz tememos cosas que en nada son más espantables que las que en lo oscuro temen los niños y creen inminentes. Preciso es, pues, esto temor y tinieblas del ánimo, disiparlos no con los rayos del sol y los lúcidos dardos del día, sino con la contemplación de la Naturaleza y la ciencia.)

Manuel Molina Sánchez. Universidad de Granada

